

## ¿Costa nuclear para un Euskadi-Japón?

La oposición a las centrales nucleares en España comenzó en el País Vasco a finales de 1973. Iberduero, S. A., primera empresa eléctrica, tenía ya en ese momento una central nuclear en construcción, la de Lemóniz (Vizcaya); además, solicitó en septiembre del mismo año autorización para otras cuatro centrales, con un total de seis reactores, para Oguella (Vizcaya), Deva (Guipúzcoa), Tudela (Navarra) y Sástago (Zamora). En diciembre de 1973, tanto la opinión pública como los Ayuntamientos afectados congelaron los proyectos de Tudela y Oguella; en 1974 los devarras arrastraron a su Ayuntamiento a otro no, que revistió características ciertamente notables. Arrancando, fundamentalmente, de la oposición en Deva y Lequeitio, la actitud antinuclear se articuló desde el principio en comisiones y asociaciones de vecinos, padres de familia y culturales. En 1976 se creó la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear que, una vez conseguido cierto respiro en los "frentes" de Oguella y Deva, canalizó y dirigió todas las energías contra la central de Lemóniz, a la sazón en la fase final de construcción.

Esta Comisión ha editado un documento notable, "¿Hacia una costa vasca nuclear?", en el que se describe la impresionante lucha desarrollada en el caso de Lemóniz, con acopio exhaustivo de los documentos y argumentos jurídicos empleados. Este estudio es obra fundamentalmente de José Allende, primer luchador antinuclear a nivel popular y alma indiscutible de toda la lucha desarrollada en estos cuatro años por un Euskadi no nuclear.

Sintetizando el contenido del trabajo es suficiente con advertir que el caso Lemóniz es una exhibición de irregularidades jurídicas por parte de la empresa Iberduero y un encadenamiento vergonzante de las autoridades provinciales (Diputación y Gobierno Civil) a los intereses e ilegalidades de aquella. Se demuestra hasta la saciedad que el emplazamiento escogido en la cala de Basordas, junto al Gran Bilbao, es injustificable absolutamente, tanto por razones demográficas como por interferir gravemente la necesaria y desesperada expansión de los habitantes del monstruo bilbaíno.

En el caso de las centrales nucleares del País Vasco hay que advertir que se da la cir-

cunstancia de la coincidencia entre el emplazamiento y los centros de consumo, lo que no es normal. Fuera de esta zona, un argumento ciertamente de peso —comúnmente utilizado por los antinucleares— es el de que las centrales nucleares se instalan no donde son necesarias (su energía), sino donde nadie protesta (o, si alguien protesta, se consigue hacerle callar). Bajo el punto de vista geográfico-económico, al menos, el caso nuclear de Lemóniz no es del colonialismo habitual en Galicia, Extremadura, Murcia, Aragón, etc.

La lucha antinuclear en toda España hace tiempo que superó

trado superior de contestación: no basta con la negativa a una tecnología y a un emplazamiento, sino que hay que definir el tipo de desarrollo que se propone para un país superindustrializado y superpoblado, que consume muchas de las energías (de todo tipo) de otras provincias. No es cómodo un Euskadi tipo Japón.

La lucha antinuclear vasca invita a proponer un frenazo drástico a la situación de industrialización intensiva y alta concentración demográfica. De lo contrario, otras provincias, ciertamente menos "desarrolladas", sufrirán, como lo están ya sufriendo, las consecuencias



Manifestación en Bilbao contra una costa nuclear.

las posturas exclusivamente antitecnología (es decir, condena de las imperfecciones y riesgos subsiguientes) y ha pasado al estrato de la elaboración de alternativas energéticas y de desarrollo en general. Hasta ahora, el frenazo popular de un proyecto nuclear producía la aprobación de otro proyecto semejante en un lugar sin oposición; de esto se ha encargado escrupulosamente la Administración por presión directa del gremio eléctrico. Por eso, cuando la opinión pública frenó decisivamente el proyecto de Deva, Iberduero se hizo autorizar el de Sayago, en la lejana y subdesarrollada Zamora.

La lucha antinuclear en el País Vasco es especial. Nunca, en ningún lugar de Occidente se habían manifestado 150.000 personas contra una central; tampoco debe haber ninguna otra nacionalidad tan reprimida y machacada como la vasca. La lucha en Lemóniz, frente a 70.000 millones de pesetas ya edificadas, no tiene precedentes, pero invita a acceder a un es-

de una negativa per se. Hay que recordar, con respeto a esto, que en más de una ocasión se ha propuesto la sustitución de la central nuclear por otra convencional, de carbón o fuel-oil, con el rechazo terminante de Iberduero.

A lo largo de este estudio queda claro que se están agotando las acciones jurídico-administrativas emprendidas con paciente y heroica constancia frente a la más enervante indiferencia y mala voluntad. Y, efectivamente, tanto en lo jurídico como en lo que a movilizaciones populares se refiere, poco queda por ensayar en el País Vasco. Uno de los textos del trabajo, como relato-ficción que resulta premonición espeluznante, nos traslada a la desolación de la posteridad de un accidente nuclear en el País Vasco, mucho después de que un comando incontrolado ocasionara una catástrofe del tipo de las que técnicos y empresarios consideraban extremadamente improbable de suceder... ■ PEDRO COSTA MORATA.

## CINE

### Una muestra del cine belga

Coincidiendo con el ciclo de "cine de expresión neerlandesa" organizado por la Ilmoteca Nacional, se ha estrenado en Madrid una de las escasísimas películas belgas que han accedido a las pantallas comerciales españolas: "La jaula de los osos" ("La cage aux ours", 1973), de Marian Handwerker. Primer largometraje de un joven director —tenía veintinueve años en el momento de realizarlo— de familia polaca, nacimiento ruso y formación belga, su nombre se dio a conocer en la televisión a través de diversas emisiones documentales, entre las que destacaría especialmente "Pois, pois" (1971, en torno a los trabajadores portugueses inmigrados). En el origen de "La cage aux ours" está el premio oficial al mejor guión de 1972 concedido a Paul Paquay, sobre el que Handwerker realizaría su film, producido por Jacqueline Pierreux (Pierre Films), una especie de Elías Querejeta a lo belga en su política de apoyo a un "nuevo cine" socialmente comprometido. Tres nombres que conviene recordar —junto a los de Benoit Lamy, Thierry Zeno y Michel Huisman, además del ya consagrado de André Delvaux— a la hora de intentar un mínimo acercamiento al cine de expresión francófona que se ha hecho en Bélgica durante los años setenta.

"La Cage aux ours" (título que hace referencia tanto a un barrio popular de Bruselas como a una situación cerrada a la que es necesario encontrar salida) representó a su país en la competición oficial del Festival de Cannes de 1974, con una discreta acogida por parte de la crítica —exceptuando a los propios comentaristas belgas, que la atacaron duramente— y sin obtener ninguna recompensa. Recepción lógica, porque, al margen de sus indudables buenas intenciones y de lo que de avance positivo pudiera significar dentro de la débil producción nacional, "La jaula de los osos" es un film menor, insuficiente sobre todo en su empeño de plasmar creativamente un análisis de tipo sociopolítico. Pretendiendo erigirse en "la